

otra parte á su enemigo Cirilo se le acusaba de una fiereza de carácter y de una conducta imperiosa, que en efecto hubiera dejado un lunar en su memoria, si sus enemigos no hubieran sido los autores de estas acusaciones, y si él mismo no hubiese confundido tan completamente la impostura, tanto con los pasos que dió su humilde caridad para reducirlos, como por las demas eminentes virtudes que le hicieron poner en el número de los Santos. Ya por causa de heregía, ó ya por la contumacia cismática con que algunos sin abrazar los errores de Nestorio se negaron á comunicar con los patriarcas de Antioquía y Alejandría, fueron depuestos todos los obispos refractarios. En vano fueron confinados hasta seis de ellos; pues esta severidad demasiado tardía no produjo efecto alguno. El error habia echado á la sordina profundas raices en la Cilicia, en donde nació, y donde el tiempo y el secreto le habian fortificado. Melecio de Mopsuestia, mientras que sus comprovinciales tornaban en gran número al seno de la unidad, desechó constantemente la union.

Teodoro, su predecesor, seductor de Nestorio y seducido por Diodoro de Tarso, habia como este último depositado la impiedad en unos escritos tanto menos sospechosos, cuanto sus autores muriendo en la comunión de la Iglesia, habian dejado de ser en todo el Oriente la mayor nombradía de virtud y de doctrina. Por lo que viendo los nestorianos los escritos y el nombre de su maestro absolutamente infamados, se dedicaron á estender los de Teodoro y Diodoro que aun estaban libres de censura. Sus libros eran muchos, aunque no existen sino algunos fragmentos conservados por sus acusadores ó por sus apologistas. Para propagar mas y mas estas obras de tinieblas, las tradujeron en siriaco, en armenio y aun en persa: funestas multiplicaciones que por desgracia tuvieron sobrado efecto, á pe-

sar de la vigilancia de Cirilo, de Acacio de Melitina y de Rábula de Edesa. Vieron estos dos últimos antes de morir que el contagio inficionaba sus provincias, y que desde allí amenazaba á todo el Oriente. Divulgóse este error impío hasta lo interior de la India, y se arraigó tanto en los países entre el Tigris y el Éufrates, que se estableció allí un patriarca nestoriano con una multitud de obispos y arzobispos que se han perpetuado hasta hoy dia (a).

Empero donde mas deseaban los novadores establecer su doctrina y su ministerio era en la capital del Imperio. Habiendo muerto el patriarca Maximiano á los dos años despues de su eleccion, y viviendo aun Nestorio, osaron intentar sus satélites restablecerle en su silla. Su número era muy

(a) Tambien parece trataron de propagar su error hasta en España, si bien tuvieron pocos prosélitos. Con este motivo dos piadosos españoles, Vidal y Constancio, que se cree fueran monges, aunque no se sabe con certeza, escribieron al primado de África, Capréolo, obispo de Cartago, y tan recomendable por su piedad como por su ciencia. Decíanle en su carta que habia algunos entre sus compañeros que negaban el misterio de la Encarnacion, afirmando que el nacido de Maria Virgen era un puro hombre, y que por esto no se debía llamar Madre de Dios á Maria. «Por lo cual concluyen, suplicamos encarecidamente á vuestra beatitud, que instruya nuestra ignorancia, y nos esponga la creencia de la Iglesia católica sobre este gran misterio.»—Capréolo respondió á los piadosos españoles con una estensa Epístola, en la que demuestra y confirma la verdad católica con tal solidez y erudicion, que el cardenal de Aguirre, despues de otros sábios, dice que apenas hay escrito mas decisivo y sólido contra el nestorianismo que la carta de Capréolo. No han faltado algunos críticos que han supuesto que esta carta era anterior al Concilio Efesino; pero de ella misma aparece que fué escrita despues de publicarse aquel Sinodo y su sentencia contra Nestorio. *Jam enim, dice, intra Orientis partes, ubi primum pestis ista surrexit, congregata gloriosa Synodo Sacerdotum, cui etiam legatio nostra non defuit, in vestibulo cum suo auctore atque assertore compressa, et radio apostolica lucis extincta est.* Ahora bien; aquí se hace espresa mencion del Sinodo celebrado en Oriente contra Nestorio y de haberse enviado á él una legacion del África, legacion que no puede ser otra que la del diácono Besula, enviado por los africanos al Concilio de Éfeso: luego escribia aquel obispo á los españoles despues de dicho Concilio. Quien guste leer ambas cartas puede verlas en la coleccion de Concilios de España del Emmo. cardenal de Aguirre, tom. 2, pág. 193 y sig. Roma 1694. (N. del E.)

grande en Constantinopla, no obstante que dominaban allí los católicos; y reuniéndose en muchos parages de la ciudad, pidieron el restablecimiento del seductor con clamores y amenazas tan insolentes, que el emperador mismo temió las consecuencias de su furor. Pero Teodosio, tomando consejo, desconcertó sus medidas, é hizo elegir é instalar al momento á Proclo, aun antes que se celebrasen los funerales de Maximiano, que ofició ya el nuevo patriarca.

No podia ser mejor la eleccion para reunir todos los corazones: pues tenia Proclo un carácter de dulzura y afabilidad que se grangeaba todas las voluntades, y una elocuencia comparable á la del gran Crisóstomo, cuya memoria veneraba singularmente; y tanto por esto como por su ingenio y piedad, era ya amado de todos los ortodoxos de Constantinopla (1). No obstante, habiendo sido ordenado en otro tiempo para la silla de Cizico, cuyo pueblo hartamente diverso de la capital se habia negado á admitirle, quisieron algunos confundir su elevacion al patriarcado con aquellas traslaciones ambiciosas á que la Iglesia se habia opuesto siempre. Mas las cartas del Papa, que habian decidido desde la deposicion de Nestorio que se podria poner en su lugar un obispo trasladado de otra Iglesia, quitaron esta dificultad. Con esta ocasion Sócrates, escolástico, es decir, jurisconsulto ó abogado, no menos versado en las materias de derecho que en los negocios de la Iglesia, y cuya historia escribió desde Constantino hasta muy entrado el reinado de Teodosio el jóven, cita catorce ejemplos de traslaciones de obispos hechas igualmente sin duda por el bien de la Iglesia, sin lo cual hubiera sido poco lógico (2). Porque si no es justo que las leyes generales impidan un

gran bien, que solo pueda alcanzarse con una prudente escepcion de la regla, tampoco son legítimas estas escepciones cuando no acarrear el mayor bien.

El principio del episcopado de Proclo adquirió celebridad por una conversion ilustre; pero no quiso el cielo que fuese solo obra de los prelados y de los doctores: la gloria principal estaba reservada para una muger, que habia preferido la humildad de la cuna del Redentor á todas las grandezas de los antiguos romanos (1). Pasó la jóven Melania desde su retiro de Belen á Constantinopla, á ruegos de su tio Volusiano, prefecto de Roma y embajador de Valentiniano cerca de Teodosio. Ya en otro tiempo exhortó San Agustin á Volusiano con muchas cartas enérgicas, pero sin efecto alguno, á que abrazase el cristianismo. Cuando llegó el momento de la gracia, pasó Melania á la córte con una facilidad que solo podia venir del presentimiento que tenia de la fidelidad de su tio en corresponder á ella. En todos los pueblos por donde transitó, los obispos, el clero, los monges y las vírgenes se esforzaban á portar á manifestarla con los honores que la tributaban, que el sacrificio de las grandezas mundanas hecho á Jesucristo es mucho mas honroso que las grandezas mismas. Llegando á Calcedonia, y separándola solo el Bósforo de las vanidades del siglo, siempre tan terribles á la medrosa inocencia, se retiró á la iglesia de la ilustre mártir Santa Eufemia, para pedir al autor y remunerador del triunfo de la Santa, que la diese igualmente fuerza para sostenerse á sí misma y triunfar de la infidelidad. Despues de su oracion entró llena de gozo y confianza en la ciudad imperial, donde se halló con que Volusiano estaba peligrosamente enfermo. Cuando vió á su sobrina tan aniquilada por los ayunos y tan miserablemente vesti-

(1) Collat. Lup. ad Synod. Baluz. cap. 150.

(2) Soer. lib. 7, hist. cap. 36.

(1) Sur. ad 31. Jan. vit. S. Melan.

da, «¿qué mudanza es esa, exclamó, mi amada Melania, y qué otra vuelvo á verte de como yo te dejé.» — «No haria yo, contestó Melania, este desprecio de mi cuerpo, no menos que de todas las vanidades del mundo, si no estuviese cierta de recibir despues de esta corta vida un abundantísimo resarcimiento de cuanto he dejado.» Siempre que se presentaba ocasion favorable le repetia los mismos discursos, y casi no se apartaba de su lado, manifestándose siempre mas convencida y mas vivamente penetrada de las máximas de la Religion cristiana.

Tambien hacia venir, pero sin afectacion y como por casualidad, algunos eclesiásticos sábios y celosos, y sobre todo al elocuente patriarca, para que la ayudasen. Cedió, por fin, Volusiano á tantos esfuerzos y deseos, y abandonado los vicios no menos que las supersticiones de la idolatría, recibió el bautismo con edificacion de todo el imperio. Fué tan pura su conversion, que sabiendo antes de haberla declarado que su sobrina queria valerse tambien del emperador, lejos de hacer mérito de ella con el príncipe y atribuirle la gloria, publicó antes su resolucion, temeroso de que se creyese que en su conversion habia entrado mas el deseo del favor del príncipe que el convencimiento de la verdad.

Melania tuvo muchas conferencias con el emperador y la emperatriz por el bien de la Religion, y en particular por la defensa de la fé contra las nuevas heregias. Asi que vió cumplidos felizmente sus piadosos intentos, no teniendo otro interés en la córte, se volvió á su humilde retiro, de donde solo la caridad la habia hecho salir.

Proclo ejecutó otra empresa que le granjeó en gran manera la estimacion y el amor de su pueblo, en el que la memoria de San Crisóstomo era cada dia mas venerable. Un dia que el patriarca hacia desde el púlpito

el elogio de su ilustra predecesor, aplaudiéndole todo el auditorio con palmadas y con mil aclamaciones, pidió al orador, que con tanta justicia apreciaba el mérito de Crisóstomo, que le restituyese este Padre. Proclo se sirvió de este medio para reunir á la Iglesia un partido numeroso, que por adhesion al Santo seguia desde su muerte celebrando á parte sus asambleas. En unas circunstancias en que estaba cercado de sectarios artificiosos y llenos en la apariencia del mismo respeto para con el Santo, temió el patriarca, y con razon, que la conformidad de sentimientos en este punto se estendiese á todos los demas. Comunicó sus reflexiones al emperador, y le propuso hacer traer el cuerpo de San Crisóstomo desde Comana en el Ponto, donde le habian enterrado, para satisfacer á los deseos de unas ovejas que mostraban tanto ardor y tenian tan justos motivos de venerarle. Con el mayor gusto vino en ello el emperador, y se hizo la traslacion con tanta pompa como presteza.

Cuando llegó á noticia de los ciudadanos que se acercaban unas reliquias tan amadas, salió toda la ciudad á recibirlas. Desapareció en un punto el Bósforo bajo la infinita multitud de barcos y naves que le cubrian: no se veía el mar, sino una larga série de calles y plazas iluminadas con orden y parecidas á los mejores cuarteles de la ciudad; de modo que cuando el Santo volvió vivo y tan lleno de gloria de su primer destierro, no era tanto el aparato como ahora. Con esta religiosa pompa fueron llevadas las reliquias por todas las calles principales de Constantinopla, y por último se colocaron en la Basilica de los Santos Apóstoles. El emperador besó con humildad la urna del Santo, como para desagraviarle en nombre de su padre, y en especial de su madre Eudosa que le habia ofendido por no conocerle bastante. Se verificó lo que

habia previsto Proclo; pues esta magnífica ceremonia reunió á la Iglesia todas las personas antiguamente separadas de ella, y retuvo á otras muchas. Celebróse esta traslacion el año 458 el 27 de enero, dia en que los latinos veneran la memoria de San Juan Crisóstomo.

Hizose tambien en el mismo patriarcado de Proclo la traslacion de los célebres mártires conocidos por el nombre de los cuarenta coronados, sacrificados por el tirano Licinio en Sebaste de Armenia. Despues de haber tenido la princesa Pulqueria revelacion del lugar donde descansaban estas apreciables reliquias, mandó cabar allí, y se encontró una especie de féretro cubierto de una losa de mármol, en el cual habia dos urnas de plata que contenian sus restos, y estaban llenas de muchos perfumes. No se sabe cómo se habian perdido despues de haber estado espuestas públicamente á la veneracion de los fieles, como lo testificaba todavia una pequeña abertura próxima á las mismas reliquias, por donde los fieles tocaban en ellas sus lienzos segun era costumbre. Mandólas colocar la princesa en el lugar mas distinguido de la iglesia en una caja riquísimamente adornada: ceremonia que se hizo igualmente con un magnífico aparato (1).

Por entonces partió para Tierra Santa la emperatriz Eudosa, muger de Teodosio, sin que se dijese que tenia otra causa este viaje que el voto que habia hecho de visitar los Santos Lugares, si tenia la satisfaccion de ver casada á su hija (2). Esta princesa, llamada Eudosa como su madre, acababa de contraer matrimonio con el jóven emperador Valentiniano, que no tenia sino diez y ocho años, y vino en persona á Constantinopla para este matrimonio. Pero se atri-

buía ocultamente á una causa muy distinta la peregrinacion de la emperatriz. Habia tratado literariamente á un cortesano llamado Paulino, cuyo mérito y talento habia apreciado siempre. Se dice, que un dia le envió algunas frutas de singular hermosura que el emperador le habia enviado á ella misma. Paulino, que ignoraba quién fuese el primer autor del regalo, lo juzgó digno de su soberano y se lo presentó. Esto fué bastante para escitar celos en el ánimo débil de Teodosio; y ya fuera casual accidente ó ejecucion secreta, Paulino murió al dia siguiente, y de allí á poco partió la emperatriz para Jerusalem. Despues sufrió muchos trabajos, pero sostuvo con fortaleza estas desgracias; y con su modestia, constancia, piedad y reserva, recobró insensiblemente toda la confianza de su esposo. Hizo presentes dignos de ella, no solo á los templos de Jerusalem, sino tambien en todas las ciudades por donde transitó á la ida y á la vuelta. Edificó en Palestina muchos monasterios para los cenobitas, y mucho mayor número de lauras para los anacoretas; reedificó las murallas de la ciudad Santa, y se llevó consigo algunas insignes reliquias de San Esteban que seguian recibiendo la mayor veneracion.

El emperador por su parte se sirvió del freno de las leyes para reprimir el entusiasmo y la presuncion de los judios, que acababan de dar en la isla de Creta un ejemplo casi increíble de los extravios en que puede precipitarse un pueblo arrebatado por la seduccion (1). Un viejo de augusta presencia, y que decia ser Moisés, persuadió á la gran multitud de judios de aquella isla, que abandonaran los establecimientos que tenian allí para seguirle á la tierra prometida á imitacion de sus mayores. Les ofreció reiterar en su favor todos sus antiguos prodigios, es-

(1) Sozom. lib. 8 histor. cap. 2.

(2) Socr. lib. 7 hist. cap. 47.

(1) Theod. Lect. in fins.

pecialmente el de abrirse el mar ante ellos y hacerles pasar á pie enjuto. Un año empleó en recorrer el país y en aumentar su partido, y cuando llegó el día fijado para la marcha, los reunió á todos, hombres, mugeres y niños en una multitud innumerable sobre un promontorio elevado. Entonces, con ademanes y voz de profeta, les mandó echarse sin miedo en medio de las olas: los primeros obedecieron, pero los que seguían, viéndolos sumidos en el mar sin que pareciese ninguno, reconocieron que los habían engañado, y mudándose su confianza en un terrible resentimiento, buscaron por todas partes al impostor, y no pudiendo encontrarle creyeron muchos que era un demonio.

El emperador, para contener á lo menos á los judíos en los antiguos límites, publicó una ley contra ellos y contra los samaritanos: les prohibió edificar nuevas sinagogas y pervertir á los cristianos, y los escluyó de toda especie de oficio público. La misma ley prohíbe á los paganos con pena de muerte el uso de los sacrificios, y renueva todas las penas decretadas contra los antiguos hereges, en especial contra los maniqueos, siempre los mas odiosos como los mas corrompidos é impíos.

Empero el miedo de los mas rigurosos castigos no pudo desterrar del todo las supersticiones paganas. El mal tenia su origen en las antiguas preocupaciones que habían echado hondas raíces; y mientras que por complacer á los príncipes, se conformaban al culto exterior, estos falsos cristianos siempre que podían volvían á las prácticas mas sacrilegas de la idolatría, de cuya impiedad y absurdo nunca se habían penetrado completamente. Atrevíanse ciertos gentiles á jactarse de que aún no se había contestado á los escritos de Juliano el apóstata; y para quitarles este vano pretesto, San Cirilo, que estaba al frente de todos los grandes negocios de la Religión, contestó á ellos de

una manera digna de su nombradía, en diez libros dirigidos al emperador Teodosio.

Teodoreto dió á luz con el propio intento en doce libros su obra de la «Curación de las enfermedades espirituales de los gentiles», en la cual se vale hábilmente de la misma filosofía de los paganos para establecer las verdades evangélicas. Analiza y desvanece de todo punto las objeciones ordinarias de los infieles, á saber, que los cristianos eran gentes simples y crédulas, que no hacían uso alguno de la razón y creían ridiculeces bajo la sola palabra de sus doctores: despreciables visionarios, decían, principiando desde los Apóstoles á quienes apellidaban bárbaros é ignorantes. Después de confundir esta acusación de ignorancia, despliega la mas vasta y exacta erudición; y manejando con igual destreza que profundidad las autoridades de mas de cien escritores de la antigüedad, hace palpar lo falso y absurdo de las opiniones filosóficas acerca del culto de Dios, del orden de la Providencia, de la creación del mundo, de la naturaleza del hombre y de los principios de los seres. Después, comparando los legisladores profanos con los Apóstoles, los oráculos de los falsos dioses con los Profetas, y la virtud de los héroes infieles con la de los siervos de Jesucristo, demuestra la admirable superioridad de estos sobre todos los otros, pero con una fuerza, exactitud y abundancia de elocución, que en nada cede á cuanto hay de la sabia antigüedad.

Hacían los mismos esfuerzos en el Occidente la idolatría y la superstición para renacer y perpetuarse. Por las Homilias de San Pedro Crisólogo vemos que el abuso llegaba hasta honrar en público los falsos dioses con algunas ceremonias profanas; como la de disfrazarse el primer día de enero, y correr por las calles con un tumulto insensato y una licencia del todo pagana. Había llegado el desorden á tal extremo,

que estas impiedades se cometían impunemente á vista de la corte y en la ciudad imperial de Rávena, á pesar de las reclamaciones del elocuente y piadoso Crisólogo. Háblele colocado el Papa San Sixto como por inspiración en aquella gran Silla, prefiriéndole, aunque era diácono de otra iglesia y por consiguiente contra el uso acostumbrado, al sugeto que se le presentaba para ser confirmado. No salieron frustradas las esperanzas que de Pedro había concebido el Pontífice, pues con todas las cualidades eminentes del episcopado se distinguió por una elocuencia que le dió un sobrenombre tan honroso como á San Crisóstomo; aunque estos honores eran merecidos de tan distinto modo cuanto era diverso el gusto de los pueblos que los tributaban. En mas de ciento sesenta homilias que nos han quedado de San Pedro Crisólogo, en gran manera respetables, ya por el fondo de las cosas, ya por su erudición, lo mas notable, en cuanto al estilo, es la profusión de agudezas y los juegos de palabras; pero esto era conforme á la degradación del gusto de los latinos, cuyos vicios combatió no obstante con grande fruto.

En Cartago se adoraba con Jesucristo á la diosa Celeste, y muchos ciudadanos al salir de los sacrificios idólatricos iban á la iglesia á participar de los santos misterios del altar; y para colmo de escándalo, los mas grandes y mas ricos eran los que le daban. El pueblo generalmente tenia aversión á los ejercicios del cristianismo que violentaban sus pasiones, y mostraba una indiferencia que rayaba en odio en algunos puntos. La vista de los solitarios, tan respetados en otro tiempo, solo escitaba la irrisión, y algunas veces los arrebatos de la insolencia y del furor. Los ejércitos romanos estaban mandados por generales paganos, y apenas conocían á sus débiles emperadores, á quienes dejaban el vano poder de

promulgar leyes de que los grandes sabían dispensarse.

Litorio, el segundo hombre del Imperio después de Aecio, á lo menos en las Galias, se había infatuado tanto en los delirios del paganismo y en las visiones de sus augures y arúspices, que fiado en la promesa que le hicieron de los favores constantes del triunfo, contra todas las reglas de la política y de la mas común prudencia, no quiso avenirse, ni aun con unas condiciones las mas ventajosas, con la nación de los godos que acababa de vencer, y habiéndolos impelido á la desesperación en otro ataque quedó él mismo completamente derrotado con las tropas auxiliares de los hunnos idólatras como él y los principales autores de su profana esperanza (1). Por el contrario, el rey de los godos solo había puesto su confianza en el verdadero Dios á quien adoraba. Se cubrió de un cilicio y la noche anterior á la batalla la pasó en oración sin interrumpirla hasta entrar en la lid, en la que alcanzó la mas gloriosa victoria (a).

Era también idólatra Ciro, que mandaba en Africa, y sin mas talento que el de poeta, había llegado á las dignidades de consul, patricio y prefecto del pretorio (2). Después sufrió una desgracia que le fué infinitamente mas ventajosa que estas decoraciones pasajeras, por los motivos poderosos que le suministró para conocer la vanidad de todas las grandezas del mundo.

(1) Prosp. Chronic.

(a) Sin embargo, cuando Teodoreto, rey de los godos, dió esta memorable batalla de Narbona, aun no era católico, era todavía arriano él y su nación; pues como ya digimos en el libro IX, desde el reinado de Atanarico, y en el tiempo en que los godos se fijaron en la Tracia, hechas las paces con el emperador Valente, fueron imbuidos en la herejía por Ulilas su obispo, y no abjuraron este error hasta el reinado de Recaredo en el año 589. En cuanto á las causas y éxito de esta guerra pueden verse nuestros historiadores, singularmente el P. Mariana, lib. 5, y Ferreras tom. 3, sigl. 5. (N. del E.)

(2) Evagr. lib. 1 hist. cap. 6.